

El amor juvenil

Los jóvenes, con tremenda audacia, se sumergen en el mar de su intimidad oscura sin ahogarse nunca, pero no es para yacer ahí ni aletargarse en la melancolía. Dentro del yo cerrado y en continua vuelta sobre sí mismo, crean las condiciones de la posibilidad de su amor.

A esta pasión pura la denomina Kant empatía, por la que el joven va configurando su amor desinteresado, ajeno a criaturas concretas.

Sin embargo Kant sostiene que no existe una pasión totalmente pura, porque todas ellas están dirigidas a la búsqueda de algo que, por deseado, es más valioso. Asombrosamente, el amor juvenil es una armoniosa conciliación o síntesis de la pasión pura, solitaria, creadora, y la pasión impura, ardorosa, posesiva.

En su reclusa subjetividad, el joven comienza idealmente el gran viaje hacia el otro. Es allí, en ese hontanar interior, donde fragua la idea sobre la imagen perfecta mediante una reflexión, un unilateralismo apasionado. Por intrínseca necesidad el joven es el más metafísico, un especulador incesante que el psicólogo Vigotski denomina "un vivir para sí".

El amor que concibe, ajeno al cuerpo y al deseo, es una satisfacción del sentimiento, como la que experimentan los protagonistas de la novela *La puerta estrecha* de André Gide.

La etapa de ensoñación íntima finaliza al crear el joven un proyecto amoroso definido, concreto, y se lanzará a buscarlo afanosamente por los caminos de la vida.

Arrebatado por la idea platónica que tiene en mente, cometerá torpezas, errores, pues la movilidad y dispersión son propias de la agitación amorosa que vive.

En realidad, estas primeras experiencias le resultan decepcionantes por exigente, pues espera que el otro se adapte a los imperativos ideales de su yo.

Y estalla el drama de su amor juvenil: por una parte, se empeña en encontrar la realidad exacta de su figura ideal que no acierta a descubrir, y, por otra, sigue soñando el amor al que aspira desesperadamente.

De esta contradicción nace la ansia amorosa, hambre avasalladora de vivir el amor.

Esta ansiedad sitúa al joven en la vida, en su integración desordenada y dolorosa en la sociedad.

A la concentración y repliegue en sí le sucede la expansión activa, multiplicándose en afanes. Ya no es el programador ideal, y quiere, busca concretamente. No puede esperar, como el joven danés Malde Lauridde Brigge, desde la ventana de un hotel de París, el sereno y consolador advenimiento del amor.

En realidad el amante juvenil no quiere ser amado, sino amar sucesivamente a través de distintos objetos amorosos, ya sean imaginados o reales.

El joven vive sus amores como fragmentos de una melodía apenas iniciada que, al interrumpirse bruscamente por el fracaso, desencadena una gran melancolía. La insatisfacción que sufre el joven la define Locke con la palabra

uneasiness, estado desabrido y carente de seguridad.

La melancolía se genera de esta ansiedad íntima que experimenta con mayor fuerza el joven, porque está rico de deseos. Es característica de un ser que busca un objeto necesario vitalmente y, al no lograr la posesión plena, permanece en un estado de tendencia que no lleva a ninguna parte.

La melancolía juvenil tropieza con la misma problemática del ansioso, que sabiendo lo que busca no acierta a percibirlo. Abraza una criatura, siempre la protagonista de su idea, pero no logra descubrir la persona real que ama, y como tampoco pretende conocerla, es natural que sufra múltiples fracasos. Sin embargo, y pese a su fugacidad, estas aventuras amorosas lo van obligando a objetivizar su búsqueda errabunda, que abandona para concentrarse en lo único que desea.

Pero el drama de esta melancolía consiste en que al joven, en el decurso de sus tentativas amorosas, se le ha ido borrando la imagen ideal creada. Desde este momento sólo la presencia de otro ser le descubrirá realmente lo que busca.

El encuentro con ella o con él suele ser un fortuito acontecimiento. Entonces el joven amante se empeñará en unirse al otro para salir de su melancolía. Sin embargo, la ansiedad le impide entregarse totalmente. La posesión siempre posible, esperada y nunca realizada plenamente, lleva a un paroxismo subjetivo, que a la vez, demuestra la capacidad de donación del joven, su torrente de energía interior.

La pureza ideal del amor juvenil coexiste con un deseo ardiente, imperativo. Sin embargo este deseo no tiene un término definitivo, se niega a ser cumplido y se recrea en la mera actitud de desear.

De aquí proviene el permanente desasosiego erótico de los amantes juveniles. Dominado por su deseo febril, el cuerpo del otro permanece oscuro y lo percibe como una realidad independiente, un ser por sí mismo; es tan solo un mero objeto apetecible para satisfacer el deseo cósmico que lo arrastra en su fluir incontenible.

Por esta razón, el joven no puede vivir una pasión real que es la identificación e integración de los cuerpos diferentes.

"Amantes que os bastais el uno al otro. ¿Tienen prueba de su realidad recíproca?", preguntaba Rilke, pues el deseo vertiginoso del joven le impide conocer concretamente a la persona amada.

Los jóvenes viven el amor impulsados por los deseos múltiples de la corriente fluvial de su sangre y, una vez satisfechos o no, pueden caer en una profunda melancolía. Sin embargo, estos amores, aun los más decepcionantes, revelan al joven las posibilidades infinitas de su ser. Y es cuando la angustia comienza a insinuarse en su corazón, porque la mera posibilidad le descubre también la nada que es esta etapa de su vida. Dolorosos y humillantes son los fracasos amorosos de los jóvenes porque evidencian su realidad incompleta.

Paradójicamente, a la vez sienten la potencialidad de su riqueza íntima, el poder que tienen de ser todo lo que quieren y alcanzarlo en el ancho horizonte sin la menor duda.

Por ello los fracasos amorosos, si bien pueden melancolizar al joven, no lo encierran en una pasiva melancolía, ya que es consciente de su energía natural y del dinámico futuro que está presente en él.

En consecuencia, el amor juvenil es una dichosa desdicha o una desdichada

dicha.